

LIBROS

“CUATRO PIEZAS SUMERGIDAS”

DE

A. F. MOLINA

No suelo hacer comentarios de obras teatrales porque siempre he creído que las mismas comportan, necesariamente, para hacer un juicio completo, la servidumbre de la representación. Siempre he pensado, y más en estos tiempos, que un texto teatral, sin más es algo incompleto, quizá lleno de posibilidades, pero en estado embrionario y, por consiguiente, cualquier valoración que se pueda emitir en torno al mismo, corre igual riesgo. Sin embargo, y dada la penuria que en este orden de cosas nos envuelve, no será tiempo perdido anotar, de vez en cuando, alguna que otra pieza de autor nuevo, o con intención de tal, que pueda ser aportación útil al anémico —a pesar de todo— panorama del teatro español de hoy. Y repito lo de las limitaciones porque es riesgo ineludible.

A. F. Molina se arriesga con un breve cuadernillo en el que incluye cuatro brevísimas piezas suyas (1). Adelantemos, para el lector poco avisado, que cualquier parecido con las piezas de teatro al uso es pura coincidencia. Y esto lo decimos convencidos de que tal característica supone un índice de valoración muy estimable. Las escenas que se recogen en este cuadernillo se encuadran en una preocupación por hacer teatro abierto, un teatro que habite más allá del texto, un teatro propuesto como sugestiva llamada a lo que pueda ser un espectáculo. Nada de dejar sin salida posible a quienes afronten su puesta en escena, sino entregar todo un abanico de po-

sibilidades de creación que pueden ser explotadas con absoluta libertad. Lenguaje, diálogo y situaciones se ligan a una tradición (llamésmola así) de teatro del absurdo, pero plenamente entroncado en una vertiente muy española de lo grotesco o lo negro como elemento provocador del humor o de lo ilógico. No es desdeñable tampoco esa trama criminal, pseudoterrorista que imprime nuestro autor a sus piezas y donde el personaje, digamos central, parece devorado por los demás.

Pienso que el valor más destacable de estas piezas de A.F. Molina es el saber dar a las situaciones el matiz y la calidad necesarias para que sean, de verdad, situaciones dramáticas. Saber dar al lenguaje una dimensión entre coloquial y poética, entre la frase vacía y la intencionalidad buscada y, sobre todo, saber crear un clima de tensión e interés en torno al esquemático desarrollo de sus piezas, empleando elementos gráficos y sonoros con indudable acierto. Quizá la brevedad de estas cuatro piezas sea su más evidente handicap; ello hace que su autor no consiga darnos sino apuntes, rasgos muy generales de un desarrollo teatral que se intuye puede ser más rico. Aunque esta afirmación, repito, queda condicionada a una ulterior compulsión de las posibilidades de esos brevísimos pero interesantes textos en el trabajo de unos ensayos.

Quede aquí la noticia, y nuestra complacencia, no sólo al reseñar el hecho concreto de A. F. Molina, colaborador de FABLAS, como autor de unas interesantes piezas dramáticas, sino al poder seguir reafirmando nuestra esperanza en ese teatro español subterráneo, limitado y condicionado que, a pesar de todo, busca afanosamente un respiradero.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

(1).—A.F. Molina. “Cuatro piezas sumergidas”. Ed. J. Octavio Aguilera. Col. Baiarí. Palma de Mallorca, enero-febrero, 1971. 29 págs.

"RAROS Y OLVIDADOS"

DE

FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES

Federico C. Sáinz de Robles es uno de esos escritores de oficio reconocido en quien todavía late ese espíritu entre bohemio y enjundioso, entre ameno y cabal, de los escritores españoles de la anteguerra. Escritores de tertulia y de café literario, conocedores de anécdotas y curiosidades, de la vida oscura pero eficaz de esos hombres de arte y letras que llegaban al Madrid de los años veinte en busca de la gloria literaria, y para quienes todo se redujo un día en ser desplazados por las generaciones siguientes, o, en el peor de los casos, perderse en medio del constante aluvión de vocaciones frustradas. No le vamos a echar toda la culpa, pero no es un secreto que la guerra civil supuso un muy duro golpe para muchos de ellos, prueba dura e insalvable en la mayoría de los casos. Junto al olvido, las nuevas necesidades que la posguerra provocaría acabaron con las últimas esperanzas que en ellos latían. Se convirtieron, de la noche a la mañana, en raros y olvidados.

Ese era, precisamente, el título que durante años encabezó la sección que, en la *Estafeta Literaria*, firmaba el propio Sáinz de Robles; sección en la que junto a la melancólica rememoración, se insistía en la necesidad de revisión de esos escritores. Ese es el título de este libro (1), donde Sáinz de Robles recoge ahora sus evocaciones de esos personajes de la "sencilla promoción —nada de generación!"—, que se llamó de *El cuento semanal*. Zamacois y Felipe Trigo; José M^a Salaverría y Fco. Villaspesa; Martínez Olmedilla y Gregorio Martínez Sierra; Cansinos Assens y Felipe Sassone; y tantos otros nombres que han quedado por mucho tiempo perdidos entre las nieblas del recuerdo y tras cierto halo de leyenda, aparecen aquí envueltos en su circunstancia humana y literaria, en la riqueza variopinta de un modo diferente de ser escritor.

Pero fijémonos, sobre todo, en el primer capítulo o "Breve historia de la promoción de *El cuento semanal*". En él se encierran unas notas de trabajo muy interesantes, pues tras la simple reivindicación, que me parece necesaria y oportuna, late la tarea del investigador literario atento. Descubre Sáinz de Robles, la positiva labor conciliadora que estos promocionistas, como los llama, llevaron a cabo aunando a los escritores del noventa y ocho con los novelistas del XIX: "el primer hito afirmativo —asegura nuestro autor— de la promoción". Trabajo positivo, nada iconoclasta en un ambiente poco propicio para estos dispendios objetivistas. Junto a ello, se destaca el favor inapreciable que a través de publicaciones como esa de *El cuento semanal*, o su coetánea *Los contemporáneos*, se hizo a la narrativa española, "al terminar con aquella novelaría melodramática y ramplona cuyas entregas, semanales o quincenales se deslizaban por debajo de las puertas, desde los desvanes a las porterías".

Promoción que, situada en una época crucial, a la que se le arrebataría violentamente cualquier posibilidad de continuidad, es necesario mirar hoy con atención pues, tras era aparente heterogeneidad y ese casi total olvido, subyacen muchas y muy notables consideraciones que nos es imprescindible plantearnos en este momento. Y este libro de Sáinz de Robles puede ser un primer e importantísimo paso en esta tarea.

Preciso es citar las magníficas caricaturas de Atiza, Bagaría, Bonilla, Estrada, Santana, Tovar, singulares dibujantes todos ellos, y geniales captadores de esas figuras y de esa época tan atrayente dentro de la difícil historia de la España contemporánea.

J. R. P.

(1).—Federico C. Sáinz de Robles. "Raros y olvidados", Ed. Prensa Española. Col. Los tres dados. Madrid, 1971. 171 págs.

“EL CERCO”

DE

CONCHA LAGOS

Nos es grato acusar recibo de un libro de poemas de Concha Lagos, después de un silencio español de casi cuatro años (su última entrega poética fue “Diario de un hombre”, publicada en Venezuela); y de un libro como el presente (1), donde la escritora trata de aunar toda una dilatada experiencia espiritual y sentimental, donde la escritora trata de dibujar esa biografía personal, intransferible que, un buen día, nos asalta inesperadamente y se nos hace especialmente significativa. “El cerco” supone algo así como una experiencia proustiana de reencuentro con un tiempo perdido; pero, además, esta vuelta atrás da lugar a una reflexión sobre el presente, a un preguntarse sobre el desconcierto en el que una ilusión lejana ha llegado a convertirse.

Interesante este trabajo de Concha Lagos por lo que tiene de ambicioso, y por lo que supone de duro trabajo sobre las posibilidades expresivas. La utilización de una métrica amplia, el versículo en muchos casos, supone un intento de dar mayor dimensión a una materia poetizable que se inscribe en el inmediato intimismo, en el personalismo más radical. Quizá este hecho dé lugar a que el intento totalizador que Concha Lagos se propone quede, a veces truncado, se disuelva en ciertas ambigüedades, y no de sentido, que le restan eficacia; la eficacia que se patentiza en muchas otras ocasiones, especialmente cuando, como sucede en la segunda parte del libro, el poema tiene una anécdota y una vertebración más inmediata. La poesía de Concha Lagos gana entonces en concreción y justeza, aunque —y esto es muy importante— la personalidad de la escritora no se doblegue en ningún momento. Yo pienso que, en los poemas de la primera parte, las emociones, los sentimientos se tocan muy superficialmente, se va de uno a otro como si no hubiese tiempo para dejar definida

una línea medular de intencionalidad y expresión. Esto es lo que se consigue en la segunda parte del libro, y lo que, creo, define mejor las posibilidades de nuestra escritora.

No sé si será la eterna canción, pero me arriesgaría a decir que la herencia andalucista de Concha Lagos le puede mucho. Lorca y Juan Ramón, muy especialmente, asoman tras muchos de los versos de este libro. Sobre todo de aquellos en los que tratan de contemplarse ambientes e imágenes felices de la infancia, traídas al presente a través de conexiones eminentemente sensoriales. En principio es justo que Concha Lagos sea fiel a su peculiar ambiente humano y geográfico; lo que ya nos parece menos positivo es que por ello se deje llevar a veces de esa ambigüedad que hemos anotado.

Pero sería injusto no destacar los muchos aciertos expresivos que estos versos muestran a cada paso; sería injusto no señalar con insistencia la sólida construcción del poema que demuestra el dilatado oficio de nuestra escritora; el manejo de ciertos y determinados vocablos a los que carga de fuerza sugeridora muy estimable; la utilización de imágenes rotundas y sabiamente observadas:

*La propia mordedura es la que más penetra.
Apoyatura busca el diente
en paridor esfuerzo
que alumbra a la criatura, al demonio o al
[ángel.*

Terminemos señalando cómo en nuestro contexto poético, presa de cierto confusio-nismo y lleno de voces discordantes, y disidentes, pero sobre todo aquejado de ese confusio-nismo peligroso, tenemos que seguir alegrándonos de estos libros sobrios, pero bien escritos; de la existencia de estos poetas que conocen el oficio, y no son capaces de traicionarse a sí mismos.

J. R. P.

(1).—Concha Lagos, “El cerco”. Ed. Alfaguara. Col. Agora. Madrid, 1971, 82 págs.